LITERATURA.

No es posible en un compendio de la naturaleza del presente, dar idea siquiera de la literatura romana, en la noble acepción de la palabra. Esta excelsa expresión del desarrollo del entendimiento, al tratarse de un pueblo como el romano, digno es de un estudio especial, para el que no tengo aptitud bastante por más que posea para mi espíritu irresistibles atractivos y lo haya cultivado con constancia desde los primeros años de mi vida.

En el extracto que va á seguir, reflecxiónese que me tengo que sujetar á los estrechos límites de un compendio.

Voy pues, á dar idea del movimiento intelectual de Roma, siguiendo á M. Weber, á veces copiándolo porque es lo que me ha parecido más adecuado á mi objeto. Las observaciones mias propias han de valer bien poco; por lo mismo, escudo mi responsabilidad con el nombre respetabilísimo que acabo de citar.

Cuando se caracteriza propiamente la literatura romana, comprendiendo en ella la filosofía é indicando la tendencia

científica, es cuando se hace perceptible la infiltración de la civilización griega en aquel pueblo rudo y victorioso.

Los Scipiones, Marcelo, Flamino y otros hombres célebres protegieron la cultura griega y procuraron introducir en Roma, los tesoros artísticos, la lengua y el espíritu del pueblo vencido.

Plauto, paisano pobre de la Umbria, y Terencio, esclavo, venido de Cartago, cultivaron la *comedia* refiriéndose á las costumbres populares y aprovechando sus chistes y agudezas,

La *tragedia* no tuvo buena acogida entre los romanos y apénas se cita á Andrónico, griego natural de Tarento.

La primera historia romana consistía en anales. A Polibio se debe nn nuevo género, llamado historia pragmática *en que el historiador sube á las causas de los sucesos* y los enlaza, observa las circunstancias y no solo juzga los hechos sino que caracteriza á los actores.

La filosofía y la oratoria [rectórica] pasaron también el mundo griego y romano, y aunque el severo Caton se opuso á la propagación de ambas, la vida democrática y la inclinación de los principales romanos á la ciencia griega, le abrieron prouto y cada dia mayor lugar. [1]

Panetecio de Rodas propagó la filosofía estóica con su máxima fundamental, que el sabio debe alcanzar dominio sobre los sentidos.

La escuela escéptica se explicaba en la Academia de Carneades, haciéndola degenerar Axesilao, fundador de la segunda Academia.

Catón Censorino se pronunció contra las nuevas costumbres. Fueron expulsados de Roma Carneades, Cristalao, peripatético; Diógenes, estóico; se cerraron las escuelas de retórica y se prohibieron las fiestas de Baco con otras prácticas venidas del extranjero.

Para influir contra la nueva literatura, compuso Catón varias obras de agricultura sobre los pueblos itálicos y otras con la tendencia de restituir al pueblo su virilidad y su moral austera.

---

1. Wever, tomo I, pág. 307.

La diferencia esencial en las primeras épocas de Grecia y Roma consiste en que la primera se formó sólo un sentimiento político sin haberse formado ántes un carácter civil. En Roma sucedió lo contrario y por esto debió ser más sólido y durable el espíritu público romano que el griego.

El siglo de oro de la literatura romana, es el siglo de Augusto. Sus amigos más allegados, como Mesenas, Mesala y Polión conocían á los poetas y prosistas griegos, cuyas obras mandó recoger el mismo soberano y colocar en la biblioteca pública del Monte Palatino. Era natural que las producciones de los romanos sirvieran de modelo á los griegos.

En este tiempo la jurisprudencia y la retórica fueron cultivadas con preferencia. M. Antonio y Mucio Scévola, guerreros célebres, los Gracos y Memmio, abogados como Hortensio, fueron á la vez célebres oradores; pero entre todos descolló Cicerón por las dotes eminentes que le han inmortalizado.

Figura digna, expresión rica, argumentación irresistible, imaginación seductora, instrucción vastísima, probidad intachable y conocimiento profundo del corazón humano, hicieron de Cicerón un tipo que conserva hasta hoy encantos para el espíritu.

Su palabra irresistible confiere el mando á Pompeyo, defendiendo la ley Manlia y desbarata la conjuración de Catilina, sus célebres defensas, sus filípicas, que son corona de su gloria, quedan como justificantes de la admiración que se le profesaba.

Cicerón era muy aventajado en el estudio de la filosofía y procuró poner al alcance de los romanos la filosofía griega.

Los libros de los oradores, el de la república, las cuestiones tusculanas y hasta sus cartas íntimas son dignas del estudio de los hombres.

En la poesía romana ocupan los primeros lugares Virgilio, Horacio y Ovidio.

El primero nació diez y nueve años ántes de J. C. en los Andes, cerca de Mantua; era un poeta lleno de sentimiento.

Sus obras de más renombre son la Eneida, en que describe las aventuras de Eneas, despues de la guerra de Troya,

sus idilios ó poesías pastorales [Bucólicas] y sus poemas sobre la Agricultura Georgica.

Horacio, hijo de un recaudador de contribuciones, nació en Venusia. Era filósofo y hombre de mundo, según las máximas de Aristipo. Mecenas, su protector, le dió una pequeña finca en la tierra de los Sabinos y allí escribió las más de sus odas,

Su máxima era: gozar de la vida ántes de que se acabe.

Sus obras más celebradas son sus odas y su arte poetica dirigida á los Pisones conteniendo las reglas que debe observar el poeta en la invención y composición de sus asuntos.

Ovidio era acaso el mejor dotado; pero el más inmoral de los poetas romanos; hijo de un caballero, estaba perfectamente relacionado; un delito desconocido hizo que le desterraran de Roma á la Scytia en las orillas del Mar Negro, donde acabó sus días en triste soledad.

Las *heroidas* del género erótico, las *Metamórfosis* del religioso, las Tristes del elegiaco, son las obras más célebres de Horacio.

Además de los poetas citados se mencionan á Cátulo y Tibulo, ambos clasificados como poetas elegiacos; pero sin la inspiración ni delicadeza de sentimiento que los poetas griegos. Propersio, también poeta elegiaco, es más apasionado; pero ménos suaves que los anteriores.

En la poesia didáctica tiene lugar eminente Lucrecio; el objeto de su poema es mediante deducciones filosóficas fundadas en la física de Epicuro, libertar á los hombres de las supersticiones y del servilismo religioso.

Ya se deja entender que semejante objeto arrebato á Lucrecio, ántes y ahora, la superioridad que tiene sin duda por su mérito.

Las fábulas de Fedro se citan, por último, para cerrar este período en que llegó á su mayor altura la civilización romana.

Entre sus grandes historiadores se contaban en aquel tiempo en Roma á Salustio y Tito Livio, citándose también con aprecio los comentarios de Julio César.

Cornelio Nepote escribió entonces las biografías de los generales célebres.

Livio, Patavium y Diódoro de Sicilia son historiadores de menor nota que los que hemos mencionado. Teniendo entre todos éstos que reconocer la supremacía de Dionisio de Halicarnaso, historiador griego residente en Roma.

Polión escribió la historia de las guerras civiles, Vitrubio de Verona, sobre arquitectura y Terencio Varron compuso quinientos libros sobre todos los del saber humano.

En los últimos tiempos del gentilismo, en los días de afeminamiento y prostitución de Roma, en vano sería pretender hallar sino vestigios de una literatura adelantada.

Persio, en sus sátiras. y Tácito, en su historia, en vano pretenden la reivindicación de aquel pueblo degenerado.

Luciano, como si hubiera presentido á Voltaire, arrasa los vicios y la superstición.

Persio Flaco, que tambien se une á los anteriores para combatir el vicio, es oscuro y difícil, y sólo Juvenal, elocuentísimo, presentando con atrevida desnudez cuadros palpitantes de la prostitución romana, aparece digno de la misión altísima de protestar enérgico contra el desenfreno de las costumbres.

Petronio trata de la corrupción de su época con chiste y viveza, pero con singular desenfado.

Marcial, aunque de mérito poético, era un hombre acomodaticio que parece pretendía sacar partido de las circunstancias más que llenar otras miras del talento.

Marco Aurelio y Quintiliano brillan en este tiempo por sus magníficas dotes, el uno en sus *consideraciones sobre sí mismo* y el otro maestro de retórica, en su guía para la elocuencia

Antes de Quintiliano el español Séneca, que vivió en tiempo de Tiberio, habia escrita sus biografías y sentencias, que son muy estimadas.

Entre los historiadores de la época del imperio, se citan:

Curino Rufo, exagerado y pedante, panegirista de Alejandro.

Patérculo, adulador de Tiberio y Seyano.

Floro, ignorante.

Suetonio Tranquilo, escribió biografías de mérito.

Valerio Máximo, escribió anécdotas vulgares.

Justino extractó con fidelidad á Trogo Pompeyo.

El tiempo aciago del despotismo militar fué referido por pequeños historiadores, entre los que sólo Vopiseo merece algun nombre En la época de los Antoninos escribió Aulio Gelio las noches áticas. que aunque desnudas de mérito literario, contienen importantes noticias históricas.

Los historiadores griegos de la época imperial merecen mayor atención, entre ellos, Plutarco por la elegancia de su estilo y los sentimientos elevados que despierta la narración de las vidas de los hombres ilustres.

Epicteto, Arriano, Arriano Casio, son escritores muy estimables, y sobre todos, Plinio por su historia natural y su enciclopedia.

Respecto á poesía apenas se puede citar á Anneo Lucano, autor de la Farsalia En filosofía tuvo cierta celebridad Apuleyo Galeno, nacido en Pérgamo 131; sistematizó la medicina, fundándola en la filosofía. Claudio Ptolomeo procedió de un modo semejante en la astronomía, geografía y cronología en su Alinagesto; pero entre todos adquirió renombre Plotino. discípulo de Ammonio Sakas de Alejandría.

A Plotino sucedieron Amelio y Porfirio.

De Longino, filósofo eminente, nos queda su tratado sobre la sublimidad.

Anuncié que terminaria esta parte de mi estudio con algunas noticias sobre la organización militar de los romanos y voy á cumplir mi ofrecimiento, eligiendo para mis extractos los libros que me han indicado personas competentes en la materia.

Advertiré que he seguido preferentemente y extractado la obra del Sr Gral S. Rocha sobre la *ciencia de la guerra*, en primer lugar por ser libro aceptado en nuestro colegio tan competente para su juicio, en segundo lugar por su claridad y concisión, y en tercer lugar, porque teniendo en muy alto concepto los conocimientos del autor mi amigo, fio á su elevado criterio lo que no podría dicernir mi insuficiencia.

Como hemos visto en Roma, todos los ciudadanos tenían

deber de alistarse en el servicio de las armas, desde los diez y seis hasta los cuarenta y cinco años.

En tiempo de la República no hubo ejércitos permanentes. A los legionarios se les licenciaba inmediatamente después de la campaña.

En todos tiempos el romano tenía ejercicios viriles y manejo de armas que le daban aptitud para la guerra.

Se les acostumbraba á largas marchas recargados de peso, conducían además de sus armas, estacas para campos retrincherados y víveres para 15 dias, consistentes en harinas, tocino ó carne salada, y vinagre para mezclarlo al agua que bebian.

Mandaban el ejército romano: cónsules, procónsules y pretores.

El triunfo, la ovación, coronas, collares, etc., así como gratificaciones y tierras, servían de recompensa al soldado y mantenían viva la emulación.

El emperador Augusto instituyó los ejércitos permanentes así como los pretorianos para la guardia del príncipe, y las cohortes urbanas para seguridad de las ciudades. El ejército no tuvo entonces más ley que la voluntad del príncipe, y así comenzó su decadencia.

La legión se componía de 5 especies de combatientes:

1.ª Astarios
2.ª Príncipes.
3.ª Triarios.
4.ª Velites ó infantería ligera.
5.ª Caballería

Los *astarios* se llamaron así porque á su creación se armaron con astas.

Los príncipes ó graduación especial que tenía por escala. Los tríarios ó cuerpos distinguidos que conquistaban ese nombre con hechos gloriosos.

No tenían uniforme, se vestían á sus expensas. Usaban casco de cobre ó hierro con cimera y un penacho de tres plumas rojas ó negras, coraza ó guarda pecho, escudo grande semejante al griego Sus armas ofensivas consistían en dos plumas ó dardos de mano espada ancha y de dos filos, y un puñal que llevaban al lado izquierdo.

Para combatir avanzaban hasta ponerse á veinte pasos del enemigo, arrojaban el prium, empuñaban la espada y cubiertos con el escudo se lanzaban sobre él al grito de guerra.

Si eran rechazados se retiraban lentamente hasta unirse á los príncipes, siempre combatiendo.

A los príncipes se les dió tal nombre. porque eran considerados como cuerpo principal de batalla cuando los astarios fueron considerados como infantería ligera.

Si los astarios eran rechazados en el primer choque, los príncipes los recibían en sus claros y cargaban juntos; si á su vez se desordenaban éstos y retrocedían, hacían disminuir el frente doblando con prontitud las hileras, y los *triarios* llegaban á paso de carga á ocupar los claros resultantes. Entónces las tres líneas embebidas unas en otras, formaban una muralla muy cerrada y tan poderosa para el choque como para la resistencia.

Los que se distinguían por acciones brillantes pasaban á la privilegiada clase de los *triarios*, que formaban la tercera línea que se consideraba como la más importante reserva. Cuando los astiarios y los príncipes eran rechazados, los triarios los recibían y renovaban el combate con mayor denuedo y energía.

"En caso de tener que sufrir el choque de la caballería ó "de una gran masa de infantería pesada, ponían rodilla en "tierra, apoyando el talón de su pica contra el pié derecho, "y esperando con decisión al enemigo, que generalmente "era rechazado con grandes pérdidas."

"Estaban cubiertos con una armadura de mallas, usaban "escudo, pero más corto, y sus armas ofensivas eran la pi- "ca larga y en los primeros tiempos la espada romana, y "después de las guerras con los cartajineses, generalizaron "esa espada."

Los *velites* eran soldados armados á la ligera para prestar auxilios donde se requerían Parece que se organizaron para contrarestar á la caballería en las campañas contra los galos.

La decuria se componía de diez hombres y algunas veces de doce, esta era la menor fracción táctica de la legión.

Ocho decurias formaban una sección de ochenta á cien hombres, dos centurias un *manipulo*; ciento sesentahombres y tres manipulos *la cohorte* de 480 á 500 hombres, muy parecida á nuestros batallones modernos.

La legión se componía de dos mil astarios, dos mil príncipes y mil *triarios*. El número de los velites era variable, y el de la caballería de dos escuadrones ó turmas por cada legión. Los velites ocupaban el frente y los flancos de las líneas, y las turmas siempre las alas.

La legión era muy flexible, propia para toda clase de terrenos, y mucho más maniobrista que la falanje.

En los ejércitos consulares la caballería formaba la duodécima parte de la legión, y su número se aumentaba en la de los aliados.

En las guerras púnicas cobró mayor auje la caballería.

En tiempo de Mario formó cuerpo separado de la legión la caballería.

En tiempo de Augusto ya no era el órden ecuestre sino un título de nobleza.

En el diccionario militar de D. José Almirante, pág. 751, encontramos los siguientes detalles.

"Cada legión tenía por jefes seis tribunos, que turnaban el mando según unos cada dos, según otros cada seis meses.

Después de los tribunos venían los centuriones uno por centuria, dos por manipulo, veinte por línea; de modo que tenemos decurión, centurión, tribuno y cónsul ó general en jefe.

La bandera ó insignias legionarias eran sagradas, ante ellas se hacía el solemne juramento, y á su pérdida en combate se daba más importancia que en los tiempos modernos, pues la restitución se perseguía á viva fuerza ó se negociaba calurosamente en los tratados. El estandarte de púrpura, y el rojo Paludamento que vestía el cónsul eran la señal de combate.

Las recompensas eran proporcionadas á las hazañas.

La corona obsidial se concedía al que había hecho levantar un sitio.

La cívica hecha de una rama de encina, al que habia salvado la vida de un ciudadano romano ó un aliado.

La oval á los generales que debían gozar la *ovación* ó triunfo pequeño.

La triunfal al que se había hecho acreedor á los honores del triunfo.

Se acordaban aún otras distinciones que tenían el nombre de dones militares, como el hasta, el bracelete, y el collar de oro y de plata.

En fin, se perpetuaba la memoria de los grandes hechos, por estátuas, columnas, trofeos y monumentos de toda especie, por títulos: ó gloriosos ó sobrenombres, que recordaban ciudades conquistadas ó pueblos sometidos."

NOTA.—Esto último está tomado del Roquancourt, tom. 1, pág. 76 y siguientes.—Curso elemental de arte é historia militar.

Compañeros de estudio, discípulos queridos:

Temerario es el intento mio en estas últimas lecciones de hacer comentarios sobre la historia de Roma, cuando ingenios poderosos, apoyados en la erudición, iluminados por la filosofía y favorecidos por circunstancias propicias, han podido desplegar su vuelo y dejar como regueros de estrellas en su camino, para señalar la ruta de las fructuosas indagaciones históricas.

Pero tal comprendo mi deber y sacrificándole toda sugestión de amor propio, me alienta la idea de que suele hacerse escuchable la relación de un compañero de viaje, oscuro y sin talento junto á una ruina ó al pié de un edificio sorprendente por más que sepamos que explican volúmenes enteros con deslumbradora elocuencia las maravillas que nosotros casi maquinalmente admiramos.

Cuando lleguen á descubrirse de una manera cierta las leyes que rigen las sociedades, resplandecerá indudablemente el gran designio providencial de la creación y se unirán como en un haz los puntos luminosos que ahora señalamos sin concatenación y como dispersos para sostener el admirable equilibrio social.

Atento á la indagación de estas leyes, creo que Dios á cada uno de los séres en su conjunto les asignó condiciones inquebrantables de vida y que todo vicio, toda desviación de esas leyes produce la perturbación y el aniquilamiento del que se adhiere al desórden.

Acaso por esto en el órden moral cada virtud suele tener correspondencia con un defecto ó vicio y en la acción y en la reacción del bien y del mal, pudieran sorprenderse esas misteriosas leyes que no conocemos.

Entre los puntos luminosos de que hablé hace un momento, me halaga ver las condiciones de vida que asigna Baudrillar y á que me referí al principio, diciendo que el hombre es un sér sujeto á necesidades, libre y responsable, sociable y perfectible, y entre lo que llamamos sus derechos están la propiedad, la seguridad y la justicia por su naturaleza inviolables.

El conjunto de esos goces forma en mi juicio, una civilización, y el análisis de esos elementos es el objeto de nuestras reflexiones para llegar á la consecuencia halagadora que encierra en su última parte la definición de historia.

No nos detengamos en los orígenes de Roma; varios pueblos con un centro de unidad y *convencionalmente*, es decir, usando de su *libertad*, se reunieron para proveer á su *seguridad* y extender su comercio.

Los compañeros de Rómulo tuvieron de hecho determinada supremacía y los que no lo eran crearon desigualdad en los derechos.

El sostenimiento del privilegio frente al instinto de igualdad, asistían al nacimiento de Roma.

Rómulo mismo, Anco Marcio, Servio, acudieron á favorecer la organización de la futura sociedad, corrigiendo su desequilibrio y apoyados en unas leyes robustas y divinizadas, por expresarme así, con el sentimiento religioso de acuerdo é indivisible del político. El sacerdocio era magistratura electiva, *el sacerdote estaba sujeto á la ley civil*, es incalculable la trascendencia de esa circunstancia, como veremos esencialmente en la Edad Média, cuando se contrapongan y combatan

La conciencia y el sentimiento del bien social derivaron

de una fuente. En la mano de Dios estaban las cartas de la ciudadanía romana.

La plebe desheredada del derecho entró por la puerta de la riqueza á la comunidad social y aunque la regla era inconstante y falible, rompió las trabas de toda tradición tiránica, conspirando poderosamente por la igualdad. Cuatrocientos plebeyos, ingresando al poder que ejercía la *justicia*, cobraron el rango de caballeros.

El pueblo, creándose intereses y resistiendo á dar su contingente de sangre para robustecer á sus opresores, había reivindicado su libertad.

Despierto el pueblo, declara *la responsabilidad* á los cónsules y por fin, con energía indomable y multiplicados ejemplos de sentido práctico, llega á la conquista de la igualdad política, que aparece victoriosa en las doce tablas.

Sea el que fuere el juicio que hayan formado muy respetables historiadores de ese monumento de la civilización romana, para mi consagra el dogma de la soberania del pueblo y es por lo mismo una gloriosa conquista de la humanidad.

En todas estas tempestuosas peripecias que tan superficialmente indico, os ruego noteis la armonía benéfica entre las reformas económicas y la extensión de los derechos políticos.

Cuando las instituciones políticas de un pueblo y sus condiciones económicas son inarmónicas, como sucede entre nosotros, las perturbaciones son profundas y el estado revolucionario inevitable, por la sencilla razón de que la mayor parte de las revoluciones llevan en sus entrañas necesidades no satisfechas en el órden físico ó moral de los pueblos.

La admirable organización romana robusteció aquel pueblo, lo hizo ensancharse asimilándose elementos de progreso y dejando las ligaduras de la ciudad que presenció su nacimiento y desarrollo, fué fraternal, humanitario, apóstol y caudillo del progreso.

Era el guerrero poderoso que abatía mónstruos como el Hércules de la fábula; pero que había templado sus armas en las aguas puras de la dignidad humana y del derecho.

Así se lanzó irresistible en medio de épicas batallas á la

conquista de la Italia; pero el que hubiera querido conocer el secreto de esas fuerzas inverosímiles de Roma, se habrá detenido ante la santa organización de la familia, el respeto del hijo, la honra de la esposa. La aplicación constante del padre á mandar lo justo y del hijo obediente para robustecer cada vez más el principio de autoridad.

La manifestación palpable de esta vida íntima está en las costumbres y basta presentar á Catón el censor luchando por contener la corrupción de Roma para dar idea de aquel pueblo. Hoy mismo nos conmovemos con las implacables censuras de Tácito y creemos escuchar el chasquido del látigo de Juvenal sobre los vicios de Roma decadente.

Si nos detenemos delante de aquel ejército que llevó sus águilas victoriosas por casi todos los ángulos del mundo, tendrémos que admirar su educación severa, su escrupulosa disciplina, la dilatada carrera de sus generales, y sobre todo, la conciencia del deber y el deber del sacrificio del primero al último soldado.

Allí se verá demostrado que cuando al ejército no lo dirijen la sabiduría y el honor, nada vale, y que en todo lo dominaba el amor á la patria y la honra del nombre romano.

Se ven como en relieve estas altas virtudes en las guerras púnicas.

Cartago era opulento; pero pueblo de mercaderes, de la guerra misma hacía un objeto de especulación y sus expediciones de Africa reconocían por móvil una explotación calculada.

Sus tropas mercenarias se entregaban á la matanza como por tarea, sin que el honor las moviese ni la seducción del renombre las deslumbrara.

Al aliarse Roma con Sicilia, asumió una responsabilidad tremenda. El mundo iba á ver en un nuevo teatro renovarse las luchas de la Asia y la Europa.

Casi en los preliminares de la guerra se aparece á Roma un elemento desconocido, contra el que tiene que combatir. Este elemento era el marítimo, tan nulo en ella, tan preponderante en Cartago. Se improvisa una flota numerosa; pero

las embarcaciones defectuosas van á sucumbir cuando el cuervo de Delio viene en auxilio de la ciudad eterna. Por un momento se enseñorean del teatro de la guerra los romanos por la superioridad de su táctica y de sus armas; pero los cartagineses utilizan á Xántipo, griego táctico, que recorria el mundo, y Régulo avisa con su derrota que la superioridad de la inteligencia se alista bajo las banderas enemigas. Una tempestad embiste la escuadra romana; pero la energia y el patriotismo los reorganiza y arrancan á Cartago un tratado ventajoso.

Más que los curatiosos elementos de Cartago, de más valía que sus Númidas y que su escuadra, es la presencia de Aníbal, en quien brillan todas las eminentes dotes del sábio político y del guerrero.

¡Que admirable es el tino, la circunspección, el patriotismo en todos los que concurren á estos dramáticos encuentros! ¡Cómo espía el senado romano el modo de dirigir unas veces, de contemporizar otras y de no desesperar jamás de la victoria! ¡Cómo saben los generales convertir en poder la constancia, en elemento de esperanza la temeridad misma y la rapidez de los movimientos en táctica irresistible!

Realmente sorprende el estudio del plan político seguido de consuno en estas luchas En Occidente parece brutal la fuerza empleada contra España, mientras en Oriente sutil y flexible como la más sagaz diplomacia, explota los enconos de los pueblos, los convierte en rivales y al aparecer las armas cosechan laureles fáciles, que no parecen preparados por la política,

Levantada Roma sobre las ruinas de Cartago, proclama la sumisión de la Grecia, entre los despojos de pueblos destruidos, en medio de reyes encadenados, teniendo á su frente sumiso el Océano y atento á inmensa distancia el Eufrates á sus mandatos·

Lo que tiene la virtud de más sólido, el valor de más heróico, la ciencia de más práctico, la política de más hábil y el espíritu de adelanto de más atrevido, todo se personificó en Roma en sus ciudadanos, en los guerreros y sus hombres eminentes.

La constitución se conservaba ilesa, el tribunado se había hecho cada vez más respetable.

Vemos hasta dónde es posible penetrar realizados grandes progresos; pero faltaba mucho para atender á las condiciones armónicas de los pueblos y á las exigencias del derecho.

El estrépito de las campañas y la embriaguez de las victorias había desviado la atención de la prostitución que se infiltraba en el cuerpo social y le quitaba sus juegos más preciosos.

Se ambicionó el poder para alcanzar á la fortuna por medios ilícitos, la conciencia se convirtió en una mercancia, las reuniones de patriotas se volvieron cuadrillas de bandidos y la sed del oro tenía convertida á la justicia en escudo de la maldad.

El ardor guerrero y su impaciente energia van á aplicarse á la voluptuosidad y al desenfreno, mientras quedan sepultadas en ese fuego de orgia y de sangre todas las grandes conquistas de la dignidad del hombre y su progreso.

Los esclavos van á inocular con su abyección al pueblo libre, y de abismo en abismo se llegará á esperar su salvación de un monstruo como Catilina.

Catón, los Gragos, Tiberio mismo y otros, emprendieron la obra de reparación; pero todo en vano, se recurrió entonces á la fuerza; pero el dominio de la fuerza ciega tiende al despotismo y al entronamiento de los intereses personales.

Mario pereció propicio á la causa del pueblo, admitió en las filas del ejército á los proletarios. Hizo una benéfica distribución de tierras entre los italianos, vigorizó la disciplina del ejército y dejó en libertad el voto públicó; pero Mario era ambicioso, y este es un elemento altamente funesto para las repúblicas.

Syla conspiraba contra Mario; para crearse partido tomó en su mano todas las iniquidades de la aristocracia y les dió vida.

Syla obedecía solo á sus pasiones: en una palabra, sean los que fueren sus arreos, Mario y Syla eran dos malvados, llenos de prostitución y de miseria, de instintos ruines y miserables que llenaron de luto y de vergüenza á la patria.

Desde esta época, es decir, en la agonía de la república, solo se perciben estipulaciones de criminales y ladrones para explotar la patria por acciones como una mina, devorándose entre sí los parcioneros en medio del hambre, el envilecimiento y la desesperación de los pueblos.

En vano quiere detenerse la vista en Pompeyo, en vano admira las proezas de César y aprovecha sus lecciones de guerrero; en vano le deleitan los acentos elocuentes de Cicerón; la república debía morir porque le faltaba su principio esencial de vída, que es la vidtud.

REFLECCIONES FINALES.

Cuando una nación llega á un estado como el que acamos de bosquejar, se clama generalmente por los gobiernos fuertes. Fuertes en el sentido de procurar por medio de esfuerzos supremos la restitución del órden á sus rieles para el goce de los bienes sociales.

Pocas veces se toma la fuerza en la acepción de vigorizar la justicia, hacer efectivas las garantías, y sujetar la fuerza misma á la ley, es decir, se anhela por la retrogradación en el hecho mismo de desprenderse de las leyes.

No queramos corregir lo desordenado con lo arbitrario, sin parar mientes en que se atraen dos males en vez de la existencia de uno solo.

Si en las crísis terribles de los pueblos la acción es benéfica, no tiene por qué separarse del buen órden si no lo es entónces, lo racional es preever el abuso probable.

Por otra parte, qué gana la sociedad con que el desórden se traslade de un punto á otro dentro de su seno?

¿No es el pueblo en último caso el que costea el desenfreno?